



Fig. n.º 46.- Canterla, Juan Francisco (2008): *Huelva y la Fiesta de los Toros (1700-1902)*, Huelva, Editorial Onuba, 410 págs.

¡Qué difícil resulta encontrar una monografía fiable sobre los toros a nivel local! Sin embargo, de cuando en cuando se nos deparan algunas gratas sorpresas, como la de este libro dedicado a evocar diversos aspectos de las fiestas taurinas en las tierras de la actual provincia de Huelva, en los confines del antiguo reino de Sevilla, como titulara uno de sus libros un conocido historiador. Y es que en este caso el autor es historiador de formación y de profesión, ha visitado los archivos de die-

cisiete poblaciones onubenses más el histórico y el episcopal de la capital y ha leído con atención los diarios “El Alcance” y “La Provincia”. Con ello ha conseguido evitar la narración erudita que se convierte en un cúmulo de datos, en el mejor de los casos puestos en orden cronológico, pero sin un marco, un contexto, que vaya más allá del redondel de la plaza de toros o incluso de los cuernos del astado. Por el contrario, los juegos de toros, el desorden de los ruedos del siglo XVIII, las corridas normativizadas del siglo XIX, todo ello encuentra una explicación en el juego dialéctico entre el cambio económico, la estratificación social, los avatares de la política y las variaciones en las costumbres del público.

Juan Francisco Canterla plantea cuestiones muy diversas siguiendo siempre el hilo conductor del tiempo histórico. Hay que leer el libro para comprender la riqueza de su contenido, pero también es posible reseñar algunas de sus aportaciones más relevantes. Novedades que ya asoman desde el primer capítulo dedicado, por un lado, a la relación entre la fiesta de toros y las celebraciones religiosas populares, con especial énfasis en las romerías, donde la fiesta de toros aparece como una especie de culto paralelo al dispensado en el interior de las ermitas y, por otro, al papel económico desempeñado por el toro en la vida de las cofradías, que se beneficiaban de la carne, los menudos y los despojos del animal para garantizarse unos modestos ingresos, además de ofrecer a los cofrades y romeros un esparcimiento muy del agrado de la concurrencia, pese a la condena sistemática de las autoridades eclesiásticas, que veían en tales festejos un componente pagano y carnavalesco, significado en la promiscuidad de los sexos, en la nocturnidad, en los excesos del comer y del beber, en la licencia de los bailes considerados como vehículo a la lascivia.

Una crítica que enlaza con la ambigua actitud mantenida siempre por la Iglesia ante los toros durante todo el Antiguo Régimen, ya que si por un lado llovían las condenas, por otro se autorizaban los festejos cuando iban dirigidos a un fin piadoso

(la construcción de una iglesia o la talla de una imagen de la Inmaculada Concepción, como ejemplos ofrecidos por los archivos) o a un fin caritativo, es decir asistencial. Lo mismo ocurría con la asistencia a los espectáculos taurinos, impropia de la condición eclesiástica, pero que tentó a muchos clérigos, algunos de los cuales incluso llegaron a torear, como en ciertos casos también extraídos de la documentación consultada.

Un segundo capítulo se ocupa de las modalidades de toreo surgidas a lo largo de ese periodo de transición (y de confusión y desorden) que fue el siglo XVIII hasta la imposición de las reglas que habrían de regir la corrida de toros moderna. Así, junto a los residuales juegos caballerescos, aparece el protagonismo de los varilargueros o la figura del sorteador o toreador (que se propone ante todo sortear al toro mediante el uso de saltos o de capas), y se pasa también insensiblemente de un espectáculo participativo a otro en que el asistente es meramente un admirador pasivo de la actuación de unas cuadrillas que van haciéndose profesionales.

Juan Francisco Canterla nos ofrece también la primera aportación seria a la figura de José Daza después de los trabajos de Alberto González Troyano o Antonio García-Baquero, gracias igualmente a la sistemática exploración de los archivos en busca de los tesoros ocultos, de tal modo que la obra sería de obligada consulta sólo por los nuevos datos facilitados sobre la familia y la biografía del (ahora mejor) conocido tratadista. Lo mismo puede decirse de las notas dedicadas a Juan Hijón, el famoso varilarguero onubense mencionado por Nicolás Fernández de Moratín e inmortalizado por Francisco de Goya. Por último, una referencia al famoso informe de Pablo de Olavide (con la aceptación de la crítica de Francisco Núñez Roldán a sus cifras demasiado cortas en lo relativo a las ganaderías vacunas) y algunas pinceladas sobre ciertas costumbres peculiares (como la del llamado toro de San Marcos, que más bien debiera ser león) cierran los apartados dedicados al siglo XVIII.

No menos extensa e interesante es la sección dedicada a la tauromaquia del siglo XIX en las tierras de Huelva. Aquí, el autor se ocupa primero de esbozar la historia de las principales plazas construidas en la provincia (Valverde, Huelva, Ayamonte, Aroche, Cortegana, Aracena), siempre con noticias de primera mano. Después dedica unas notas a la secularización de la fiesta, que deja de coincidir exclusivamente con las celebraciones religiosas para depender más de las temporadas de baños, de las conmemoraciones políticas o de otras efemérides, como en el caso de la corrida del centenario del descubrimiento de América. A renglón seguido, pasa a abordar el periodo dorado de la fiesta decimonónica centrado en la figura del más popular de los toreros de la región, Miguel Báez *Litri*, al que se sigue en sus actuaciones en Aroche, Cortegana y Almonaster y después en su debut madrileño y en su alternativa sevillana. Otro apartado consigna las efemérides de la plaza de Huelva durante la última década del siglo: el debut de Reverte, el triunfo de Rafael *El Gallo*, el debut de *Guerrita*, el debut de *El Algabeño*, la presentación de las señoritas toreras y, siempre, *Litri* en la cima de su carrera.

Mucho interés tiene el análisis de las transformaciones económicas y sociales que inciden en el esplendor de la fiesta: la reactivación económica de la provincia, el desarrollo de la minería y, sobre todo, la difusión del ferrocarril. La relación entre el tren y los toros merecería por sí sola un estudio particularizado, pero aquí ya se dan unas pistas para plantear la cuestión: el tren afectó al comportamiento de los aficionados (que pudieron desplazarse a las grandes plazas con mayor facilidad), a las empresas (que programaron los festejos teniendo en cuenta los horarios de los ferrocarriles), a los toreros (que pudieron abandonar las románticas diligencias de la primera mitad de siglo para encontrar un transporte más cómodo y rápido), a los toros (que pudieron ser conducidos a sus destinos con mayores garantías gracias al nuevo modo de locomoción), a la fiesta en gene-

ral, que entró en una etapa diferente de su larga existencia. Dos apuntes rápidos, uno sobre las ganaderías (Garrido Santamaría y Valladares) y otro con la recreación de lo que sería una corrida en la plaza de Huelva hacia 1885, sirven de colofón al volumen.

Nos hallamos, pues, ante una excelente monografía, que amplía con datos documentales veraces exhumados de los archivos locales y que encuadra con oficio de historiador la trayectoria de las actividades lúdicas que tienen como centro al toro bravo desde el comienzo del siglo XVIII hasta la fecha de la construcción de la plaza de toros de Las Colonias en la capital onubense. Así podemos percatarnos perfectamente, desde un observatorio reducido pero representativo de las grandes corrientes que se sucedieron a nivel nacional, de las metamorfosis sufridas por las fiestas taurinas, desde los juegos vinculados a las romerías a las transformaciones esenciales ocurridas durante la etapa de transición de finales del siglo XVIII y, finalmente, a la consolidación de la moderna corrida de toros a lo largo del siglo XIX. Una obra que combina perfectamente la minuciosidad del análisis microhistórico con la observación de los fenómenos mayores que configuraron la fiesta de los toros a lo largo de doscientos años decisivos de su historia.

Carlos Martínez Shaw  
Fundación de Estudios Taurinos

